

## Cuadrilátero de apuntes



### CIEN AÑOS DE NOVELAS

Un cable de ANSA publicado por *Op cit* (No. 40, enero del 2000) “el único periódico especializado en libros”, señala que, según una encuesta, *Cien años de soledad* es la mejor novela publicada durante el siglo xx. El segundo lugar le correspondió a *Ulises*, del narrador irlandés James Joyce. El sondeo pretendió localizar a las treinta mejores ficciones. Lo primero en que se debe pensar cuando tenemos el resultado de una encuesta es, precisamente y aunque suene a trabalenguas, en el encuestador y en el universo encuestado; en el primer caso, se trata de la revista colombiana *Libros y Letras*, y, en el segundo, de lectores de Colombia, Argentina, Brasil, Cuba, Ecuador, México, España, Chile, Uruguay y Venezuela e hispanoparlantes avecindados en Alemania, Italia, Australia, Francia, Portugal, Israel y Estados Unidos. Con esos datos a la mano, ya imaginamos que muy difícilmente iban a colocarse en el primer sitio Proust, Kafka, Mann, Nabokov, Tolstoi y tantos otros igualmente geniales.

Por supuesto, nadie duda de la espléndida grandeza literaria de *Cien años de soledad*. Por sí solo, este libro serviría para trepar a su autor en el nicho de la inmortalidad, pero de eso a considerar que es “la mejor novela del siglo xx”, por supuesto, hay un amplio trecho. Para empezar, en el arte no se puede calificar a las obras como si participaran en una carrera atlética donde los tiempos y las distancias son criterios objetivos para determinar quién batió la marca, quién sacó el quinto lugar, quién quedó en último sitio, quién echó los bofes y murió a medio camino.

---

En ocasiones he reunido varios textos para armar una sola colaboración. Este cuadrilátero fue publicado en *Acequias* (2000).

Pero no soy ingenuo. Sé que las encuestas son un divertimento estadístico y no más. Como tal, como juego de azar, la encuesta colombiana reveló datos interesantes, datos que sirven, por lo menos, para recordar una breve lista de novelas esenciales acuñadas durante el xx. Allí está, obviamente, el pleno de los latinoamericanos, sobre todo aquellos que la crítica incluye en el fenómeno sesentero denominado *Boom*. *Pedro Páramo* ocupó el lugar número 5; *Rayuela*, el 9; *El otoño del patriarca*, el 14; *La ciudad y los perros*, el 15; *El siglo de las luces*, el 16; *El túnel*, el 19; *El coronel no tiene quién le escriba*, el 21; *La muerte de Artemio Cruz*, el 23; *La invención de Morel*, el 24; *Doña Flor y sus dos maridos*, el 26; *Tres tristes tigres*, el 27. Junto a esas novelas —indiscutibles obras maestras de la narrativa vigesimosecular— aparecen otras que, de seguro, hubieran sido referenciadas si la encuesta se aplica a los europeos o a los norteamericanos. *La montaña mágica* aparece en el peldaño 3; *Por quién doblan las campanas* fue colocada en el 7; *A sangre fría*, en el 8; *El extranjero*, en el 10; *La metamorfosis*, en el 11; *Crimen y castigo*, en el 12; *Ana Karenina*, en el 13; *Las memorias de Adriano*, en el 17; *Sin novedad en el frente*, en el 18; *El sonido y la furia*, en el 19 y, para abreviar, *En busca del tiempo perdido* ocupa el 30.

No sé lo que García Márquez opinó sobre este sondeo. Conociéndolo, quizá sonrió un poco y declaró que *Cien años de soledad* debe ocupar el 30 y *En busca del tiempo perdido* el primero. Y es que casi todas las encuestas son, miradas proustianamente, una perfecta manifestación del tiempo perdido.

#### DE EFEMÉRIDES

En 1999 se recordaron algunas fechas importantes en el ámbito de la cultura occidental: *La Celestina* cumplió 500 años de representar la belleza literaria que inauguró el esplendor de las letras castellanas, Balzac cumplió dos siglos y su inmensa obra narrativa no termina de agotarse, Nabocov y Borges llegaron a su centenario y

sus libros son, como nunca, objetos de culto generalizado. Rufino Tamayo, oaxaqueño universal, cumplió también cien años de maravillarnos a las pupilas con su innovadora cromatización de lienzos y murales.

El 2000 es un año numeroso en la agenda de recordaciones. Mónica Mateos (*La Jornada*) ha dado la lista de los personajes que tendrán en estas fechas su espacio en la nostalgia y el elogio. Pedro Calderón de la Barca, el gran dramaturgo español, nació el 17 de enero de 1600 y nos legó la mejor metáfora para definir nuestra existencia: *La vida es sueño*. Erich Fromm, psicoanalista alemán, nació el 23 de marzo de 1900. *El arte de amar*, su libro más célebre, ha sido leído por incontables personas y sigue vigente porque aborda un tema toral del devenir humano: nuestra capacidad para dar, para entregarnos a los otros en un mundo dominado por pasiones que se oponen al amor, que lo coartan y lo mutilan. Admirado por todos, citado por miles, Robert Louis Stevenson cumplirá 150 años de vida el 13 de noviembre. Y decimos “cumplirá” porque gracias a su obra narrativa el maestro Stevenson sigue vivo. Entre varias más, dos novelas se disputan el privilegio de ser la obra cimera del escritor edimburgués: *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* y *La isla del tesoro*, libros que nadie puede leer sin previa fascinación. Frederich Nietzsche murió el 25 de agosto de 1900. Filósofo de la voluntad, su pensamiento es considerado por los especialistas como uno de los más vigorosos de la era moderna. La extensa nómina de libros que produjo le aseguraron desde hace mucho un sitio de honor en las bibliotecas bien nutridas: *Así hablaba Zaratustra*, *Aurora*, *El crepúsculo de los ídolos*, *El origen de la tragedia*, *Más allá del bien y el mal*, *Humano, demasiado humano*, son sólo algunos de los títulos que lo consagraron, quizá, como el filósofo más influyente en los albores del siglo pasado, el xx. Famoso por *El retrato de Dorian Gray* y por la mojigatería que atacó ferozmente su uranismo, Óscar Wilde murió el 30 de noviembre de 1900. Defensor de la libertad de pensamiento, su queha-

cer escritural no hizo concesiones a la crítica puritana y siempre se mantuvo fiel a las pulsiones más íntimas de creador. Por último, un cineasta español. Luis Buñuel nació el 22 de febrero de 1900. Dos películas de su cuño son imperecederas: *Un perro andaluz*, la primera, y acaso la única, obra maestra filmica nacida bajo el influjo del surrealismo fundado por Breton, y la mejor película mexicana de toda la historia, *Los Olvidados*, cinta donde Miguel Inclán y Roberto Cobo elevan los papeles de la indiferencia y la ingenua malditez, respectivamente, a la altura del arte.

El 2000 da tiempo para conocer o re-conocer el valor estético de las efemérides citadas. Un año da tiempo para mucho, y el que se deposita en la grata compañía de los genios es el mejor invertido. Hagamos de la recordación un deporte cotidiano.

#### EN RECUERDO DE WHITMAN

Admirado hasta la veneración, leído por legiones de hombres solitarios, sensibles y las más de las veces optimistas, Walt Whitman (1819–1892) es, nadie lo cuestiona, el más sólido poeta que ha dado al mundo el imperio norteamericano. Lo recordé a propósito de *Patch Adams*, una sosa película en la que otra vez Robin Williams cita versos whitmanianos como ya lo había hecho antes en su filme consagradorio: *La sociedad de los poetas muertos*.

De Whitman se puede localizar con facilidad *Hojas de hierba*, el poemario que después de publicado le daría al mundo de la literatura una respiración ancha, libre y novedosa que después sería empleada, entre otros gigantes, por Darío y, más cerca de nuestra hora, por Neruda. Borges —rendido traductor, comentarista y hasta imitador de don Walter—, observa en alguna parte de su obra que, aparte de algunas otras originalidades, Whitman introduce en la literatura moderna el tono sálmico que inyecta al verso libre la calidad del canto. Es cierto. No se puede leer el “Canto a mí Mismo”, por ejemplo, sin sentir en el

alma la fortaleza de un aliento que hincha los pulmones de placer y tañe las fibras más delicadas del espíritu.

De *Hojas de hierba* yo tengo la esmerada y voluminosa traducción de Francisco Alexander que publicó —asombrosamente, pues esta empresa se dedicaba más bien a distribuir literatura de bajísimas calorías— Editorial Novaro. Cualquier página es valiosa, y leer al azar no ofrece ningún riesgo. Con la promesa de revisitar después este libro maravilloso, lo abro a ciegas y encuentro “Yo vi en un sueño”, un poemeta pleno de grandeza:

Yo vi en un sueño una ciudad invencible a los ataques de  
todo el resto de la tierra,  
Soñé que era la ciudad nueva de los Amigos,  
Nada en ella era más grande que la calidad del amor robusto:  
éste superaba a todo lo demás,  
Se le veía a todas horas en los actos de los hombres de aquella ciudad,  
Y en todas sus miradas y palabras.

Pero el mejor monumento verbal obsequiado a la palabra mayúscula de Whitman lo esculpió uno de sus más rigurosos discípulos, un argentino; Borges compuso “Camden, 1892”, un soneto de líneas tan perfectas como inolvidables. Hoy lo cito, algún día trataré de glosarlo:

El olor del café y de los periódicos.  
El domingo y su tedio. La mañana  
Y en la entrevista página esa vana  
Publicación de versos alegóricos  
De un colega feliz. El hombre viejo  
Está postrado y blanco en su decente  
Habitación de pobre. Ociosamente

Mira su cara en el cansado espejo.  
Piensa, ya sin asombro, que esa cara  
Es él. La distraída mano toca  
La turbia barba y la saqueada boca.  
No está lejos el fin. Su voz declara:  
"Casi no soy, pero mis versos ritman  
La vida y su esplendor. Yo fui Walt Whitman".

#### LÓPEZ VELADE EN CASSET

El Fondo de Cultura Económica, la editorial más importante de México, en su catálogo de los años recientes ofrece la serie *Entre voces*, colección de casetes y discos compactos que alberga las obras literarias de autores consagrados. Rulfo, Monterroso, Castellanos, Chumacero, Sábines y otros escritores de similar estatura han sido reunidos para celebrar con sus textos el gusto de la palabra hablada.

Hace diez años, una empresa mexicana de cuyo nombre no puedo acordarme lanzó al mercado un proyecto llamado, creo, audilibros o algo así. Consistía en casetes que resumían novelas, cuentos y piezas similares para estimular, en los lectores que no leen, el conocimiento de las obras maestras. Por supuesto, el deplorable plan fue rechazado con silbidos por la comunidad intelectual mexicana, ya que los audilibros eran pésimas y tijereteadas adaptaciones de los libros originales y al final dicha propuesta, lejos de alentar el hábito de la lectura, alentaba sólo el del menor esfuerzo y del mal gusto. No sucede lo mismo con *Entre voces*, del FCE. En un caset o CD se han grabado algunos materiales sin mutilación, materiales que dan una idea clara y sintética de cada autor incluido. Son, como si dijéramos, breves antologías sonoras, con producción sencilla pero eficaz. Basta como ejemplo el volumen *Poesía*, que con la voz del escritor Guillermo Sheridan nos regala un muestrario de lo heredado por el deslumbrante y precoz virtuoso que fue Ramón López Velarde.

Algún desconfiado pensará que este caset, y la lectura de Sheridan, se parece a los ofrecidos en productos similares por charlatanazos de la lectura poética como Paco Stanley o Susana Alexander, a quienes se les nota demasiado un tono declamatorio, teatralizado, pedante, obsoleto. Sheridan lee poesía como se debe leer: con ritmo y entonación plácidos, mesurados, sin aspavientos, sin muecas lloriqueantes, lo cual garantiza la calidad de esta producción. Contiene el volumen, además de una "Introducción", poemas de López Velarde correspondientes a *Primeras poesías*, *La sangre devota*, *Zozobra*, *El son del corazón* y, por supuesto, íntegra, *La suave Patria*. Además, muestra algunas prosas de *El minuterero*, pequeñas composiciones que el artífice de Zacatecas confeccionó para las prensas periodísticas.

La grandeza poética de López Velarde ha sido ponderada con infinitos elogios por la crítica más severa. Cualquier poema, cualquiera, evidencia el formidable talento del jerezano y ahorra el uso de adjetivos encomiásticos. Cerremos esta nota con algunos prodigiosos miligramos de *La suave Patria*:

Suave Patria: te amo no cual mito,  
sino por tu verdad de pan bendito,  
como a niña que asoma por la reja  
con la blusa corrida hasta la oreja  
y la falda bajada hasta el huesito.

## Hacer el humor: rápido olfateo a la carcajada estridentista

---

El estridentismo vive, aún hoy, en la escandalosa marginalidad. Poco estudiado en comparación con otros fenómenos similares, distante desde sus comienzos del poder central, el movimiento acaudillado por Manuel Maples Arce y Germán List Arzubide sigue asimismo vigente y, eso es lo más curioso, la vejez lo fortalece y lo ramifica como a un árbol. Si bien Borges —ultraista arrepentido— descreía de las estéticas (ya “que el tiempo terminará por abolirlas” a todas), el caso de los estridentistas se aferra al presente con las garras de su esencia: el humor. Así como la literatura de la Onda optó por el desacato, por la irreverencia y la burla descarados, mucho antes, en 1921, los estridentistas optaron por la desacralización de las viejas costumbres estéticas y su pólvora fue la carcajada.

En el caso de estos vanguardistas modernos, la sorna, el insulto y el humor más letales fueron las rifles que llevaron a las trincheras para luchar contra la segura almidonada de los “rancióltras”. Si uno revisa los manifiestos y el *ars poetica* de los estridentistas —y también su material plástico— descubre la presencia siempre juvenil del humor como detonante de la ira conservadora. Mientras los licenciados de colegio indagaban tras sus gafas el misterio solemne de las letras —del arte en general—, los estridentistas reían a cántaros y mantenían en liza la necesidad de instaurar una nueva perspectiva estética. Fue la poesía antigua contra la moderna, ante todo, el objeto de la hilarante discordia. Para contradecir a los oponentes exclaustrados en las formas y los fondos tradicionales, nuestros estridentistas

---

Salió en *la tolvana*, suplemento cultural de la revista *brecha*.

formaron un gremio tan beligerante como festivo: pocas veces, de veras, un grupo de artistas mexicanos fue más burlón en su pugna contra la solemnidad contrincante.

Recorrer a gran zancada el ejemplo de la risa estridentista es el propósito de esta breve cacería. Al final se dejará evidente que, entre otras armas, el humor es lo más disfrutable en materia de zafarranchos literarios, tal como aconteció con los sonetos asesinos —y siempre satíricos— que se asestaron alguna vez los tres gigantes del siglo de oro español; asimismo, los párrafos venideros son una más de las voces que se articulan para celebrar la eterna frescura del estridentismo y de sus dos senescales: Manuel Maples Arce y Germán List Arzubide.

#### LA URBE COMO ESCENARIO

Las sociedades rurales morían plenamente al principio de este siglo; al menos eso creían los hombres bañados de un cosmopolitismo estimulado por los medios de comunicación y el advenimiento de las magalópolis. Las ciudades se levantaban excelentes, el progreso se convertía en cemento y hierro, en electricidad y movimiento. Los artistas del mundo —recordemos cómo cantan los anchurosos versos libres de Whitman—, azorados por la innumerable y cambiadiza atmósfera, se preguntaban en el centro de sus sensibilidades cómo expresar el torrente de sensaciones que la realidad les ofrecía en esa vorágine chisporroteante de novedades. Para empezar, la vida ya no era lenta, morosa y aburrida como cuando el hombre se desplazaba sin máquinas de combustión; además, las comunicaciones aceleraban el intercambio de noticias y con los cables y los postes se agregaba un gesto nuevo a la fisonomía citadina, ya de por sí diferente desde que las vidrieras y los focos se multiplicaron hasta convertirse en una red inmensa de reflejos que tomaron por asalto el plomizo paisaje de las urbes. Los artistas de Europa, sobre todo, sabían desde finales del pasado siglo que la mecanización de la vida era un acicate de nuevas perspectivas estéticas. Los

creadores de juveniles bríos buscaban con ahínco los derroteros de la naciente cuadratura artística. Y aunque la etiqueta que serviría para definir esta actitud estética surge del francés *littérature d'avantgarde*, es con el futurismo del italiano Marinetti con el que se inaugura la cadena de escuelas vanguardistas que vestirán de polémica toda la primera mitad del siglo xx. Y es, precisamente, el futurismo el que rinde mayor pleitesía al mundo de los artefactos mecánicos y eléctricos; la modernolatría<sup>1</sup> de Marinetti convirtió a la urbe en el ámbito del arte actualista. La Victoria de Samotracia fue atropellada por un bello automóvil en movimiento y Marinetti era el chofer, un chofer impetuoso, tan virulento como jocundo y dueño de una capacidad de autopromoción que pronto hizo del futurismo —gracias al primer Manifiesto publicado en París en febrero de 1909— un movimiento que si bien no fue imitado a cabalidad en sus postulados, sí inoculó en muchísimos artistas la vitamina de la rebeldía y el espíritu pugnaz contra toda inmovilidad pensativa del arte “ya caduco”. Con Marinetti, entonces, arranca realmente el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, el puñetazo y la bofetada<sup>2</sup> según palabras suscritas en el primer *Manifiesto*.

En el desbarajuste provocado por los modernólatras secuaces de Marinetti, un ademán se repitió y fue después basamento de otras escuelas vanguardistas: el humor. Lejos de combatir en la trinchera del almidonamiento, los flamantes soldados le pusieron demasiada befa a sus bayonetas, y entre carcajadas picoteaban a sus enemigos, esos artistas instalados en las barricadas del conservadurismo clasicista. Pueden recordarse, entre muchas de sus ocurrencias bombardearas, aquella en la que deseaban un terremoto que demoliera los últimos edificios sobrevivientes de las dos antigüedades clásicas:

AL TEMBLOR DE TIERRA

SU UNICO ALIADO

LOS FUTURISTAS  
DEDICAN ESTAS RUINAS DE ROMA Y ATENAS<sup>3</sup>

Este ingrediente, el humor en medio de la refriega, identifica con durabilidad a los demás vanguardias; el estridentismo mexicano, nacido hacia el inicio de los veinte, exacerbó hasta el sadismo esta forma de pelear en el terreno de la originalidad creativa. Maples Arce y List Arzubide, poetas desconocidos en la numerosa y anónima urbe, le dieron eminencia a su movimiento con sonora hilaridad y versos que intentaban decir el ritmo de la hora.

MANIFIESTO CON RISAS ESTRIDENTES

“¡Viva el mole de guajolote!”,<sup>4</sup> gritarán los irrespetuosos estridentistas en Puebla el primero de enero de 1923. Poco antes, en diciembre de 1921, Manuel Maples Arce, solo, desparrama en el Distrito Federal su *Actual* No. 1, hoja de vanguardia y comprimido estridentista. Desde sus albores, el movimiento sabe que será el rictus burlón el que los llevará a su propósito: decir que una nueva estética llegó para decir por dónde se camina a los practicantes del arte amelcochado y senecto.

El quinto renglón de *Actual* No. 1 ya avisa el tono de lo que será la batahola que intentaría contradecir a los enraizados en el arte pasatista; “municiones subversivas”, apunta Maples Arce que dispararán los contenidos de su rijoso documento. El desacato a estetas decrepitos se exhibe desde el estilo: adjetivación profusa y restallante, esdrújulos a pasto, neologismos que refrescan, provocación a cada momento de la página; en resumen: una nueva manera de gritar el orgullo de la originalidad

mi apasionamiento decisivo por las máquinas de escribir, y mi amor efusivísimo por la literatura de los avisos económicos. Cuánta

mayor, y más honda emoción he logrado vivir en un recorte de periódico arbitrario y sugerente, que en todos esos organilleros pseudo-líricos y bombones melódicos para recitales de changarro lírico gratis a las señoritas, declamatoriamente inferidos ante el auditorio disyuntivo de niñas fox-troteantes y espasmódicas y burgueses temerosos por sus concubinas y sus cajas de caudales... (p.88)

El volumen de la risa aumenta conforme Maples avanza en su embestida; las emociones del artista ya no deben quedarse colgadas en el pretérito, ahora encallecido, de los modales que la tradición aún juzga vigentes. Si las máquinas habitan por doquier y permean al sentimiento del hombre, resulta urgente palpar con un distinto corazón: “Es necesario exaltar en todos los tonos estridentes de nuestro diapasón propagandista, la belleza actualista de las máquinas, de los puentes gímnicos recientemente extendidos sobre las vertientes por músculos de acero”. Las romantiquerías que tanto duraron en América fueron condenadas con una rotundez acaso destemplada, precisamente estridentista: “¡Chopin a la silla eléctrica! He aquí una afirmación higienista y detersoria, y por esa vía llegan a exclamar su profesión de fe: “... proclamamos, sincrónicamente, la aristocracia de la gasolina: El humo azul de los tubos de escape, que huele a modernidad y a dinamismo, tiene, equivalentemente el mismo valor emocional que las venas adorables de nuestras correlativas y exquisitas actualistas” (p. 89).

El primer estrépito de Maples se propone erradicar el aldeanismo sensiblero de quienes viven atornillados a la pereza mental de los moldes tan perfectamente conocidos que ya cayeron en la vejestoriedad; por eso el imperativo “Cosmopoliticémonos” que implica la articulación, para todas las artes, de una “sintaxis nueva”. A este Maples no le interesa —recordemos que los *ismos* se caracterizaron por el subi-

do voltaje de la presuntuosidad deliberada— ser entendido por los decadentes que se obstinan en pulimentar antiguallas: “¿Que el público no tiene recursos para penetrar el prodigio de nuestra formidable estética dinámica? Muy bien. Que se quede en la portería o que se resigne al ‘vaudeville’. Nuestro egoísmo es ya superlativo; nuestra convicción, inquebrantable” (p. 92). Pero quedan todavía las últimas balas, y Maples las envía; define al estridentismo como “una fuerza radical opuesta contra el conservatismo solidario de una colectividad anquilosada”, una fuerza capaz de aniquilar a los “estilicidas”, capaz de despedazar a “nuestro medio nacionalista con hedores de pulquería y rescoldos de fritanga” y capaz de escupir en “la cabeza calva de los cretinos”. A fin de cuentas, resume Maples, “nos hemos sacudido los prejuicios. Nuestra risa es una gran risa” (p. 93).

*Actual* No. 1 corre con suerte y llega a las manos esenciales. Maples ya no está solo y junto a List Arzubide, Salvador Gallardo y otros jóvenes, arremete con más feroz jocundia contra sus oponentes con el “Manifiesto Estridentista” publicado en Puebla hacia 1923. Allí la mofa tienta orillas insospechadas. El Tercer punto sintetiza la actitud: “La exaltación del tematismo sugerente de las máquinas, las explosiones obreriles que estrellan los espejos de los días subvertidos. Vivir emocionalmente. Palpitar con la hélice del tiempo. Ponerse en marcha hacia el futuro” (p. 94). El verbo mayusculado “CAGUÉMONOS” (sobre el arte vetusto) testimonia el furor con el que trataban a los “caramelos espirituales”, y el remate es un apoteósico cierre de condensación a carcajadas sin embozo:

PROCLAMANDO: Como única verdad la verdad estridentista. Defender al estridentismo es defender nuestra vergüenza intelectual. A los que no estén con nosotros se los comerán los zopilotes. El estridentismo es el almacén de donde se surte todo el mundo. Ser estridentista es ser hombre. Sólo los eunucos no estarán con

nosotros. Apagaremos el sol de un sombrero. FELIZ AÑO NUEVO.

¡Viva el Mole de Guajolote! (p. 95)

Como se lee, el humor es el condimento que protagoniza la lucha estridentista que más adelante, en Xalapa, dará su mejor cosecha: los libros fundamentales de este ruidoso movimiento.

#### NOTAS

<sup>1</sup> En éste como en todos los casos que atañen al arte de avanzada, el libro de consulta clave es *Historia de las literaturas de vanguardia*, Guillermo de Torre, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971. Hay que enfatizar, sin embargo, que De Torre centra sus observaciones en la realidad del viejo mundo y no tanto en las vanguardias americanas.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 93.

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 95.

<sup>4</sup> Los manifiestos estridentistas fueron tomados de *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (manifiestos, proclamas y otros escritos)*, compilación por Hugo J. Verani, FCE, México, 1986, pp. 87-95. Cada vez que se citen fragmentos remitiremos a la página de esa edición.

## Un siglo de *Vidas imaginarias*

---

Los amigos de literatura son muy necesarios. Sea suficiente como ejemplo que gracias a la bibliomanía de Gerardo García Muñoz conocí, allá por 1988, la *Historia universal de la infamia* (1935), libro que Borges concibió gracias a la previa existencia de las *Vidas imaginarias* publicadas por Marcel Schwob hace exactamente cien años, en 1896. Recuerdo sin opacidad aquella portada del libro con el que Borges inició su quehacer de narrador: un rostro contrahecho y con un ojo repugnante anunciaba la truculenta índole de los relatos hospedados en la *Historia...* Como todas las de Alianza editorial, la carátula era estupenda por abominable, un esperpento que hubieran elogiado El Bosco, Goya o, en este siglo, Bacon. Gil, Gerardo y yo leímos en el café las *biografías* acuñadas por Borges y no dudamos en reconocer lo evidente: las pasiones humanas más infames eran el resorte de un humor que no cedía a la tentación de la moraleja. Los personajes más réprobos eran mirados por el argentino con un desparpajo que los hacía entrañables y sacamos en claro que aquellos relatos eran obras maestras de la ironía y la malditez. En esa primera aproximación, creo, le dimos erróneamente todo el crédito al maestro sudamericano. Poco después nos enteramos, gracias al *Ficcionario* (antología crítica de textos borgeanos, FCE, 1985) preparado por Emir Rodríguez Monegal, de esto:

Uno de sus primeros y más exitosos ejercicios en la ficción, este relato ["El atroz redentor Lazarus Morell"] se basa libremente en un personaje histórico. Pero el modelo general para ésta y otras

---

Los aniversarios me son propicios para intentar acercamientos como éste. Fue publicado en *brecha* allá por el 96.

historias del libro en que fue recogido son las *Vies imaginaires*, de Marcel Schwob, como tardíamente ha reconocido Borges, que olvidó incluir esta obra en la bibliografía del volumen. En sus relatos, Borges distorsionó los hechos y fue mucho más radical en la parodia. Concibió, además, un estilo de tal barroquismo que, años más tarde, llegaría a parecer excesivo (...) La crítica latinoamericana ha tardado en reconocer los méritos excepcionales de este libro, el primero de la nueva narrativa que desembocaría en lo que se ha llamado el *Boom*. Pero algunos lectores privilegiados —como el narrador cubano Alejo Carpentier y el colombiano Gabriel García Márquez— pronto descubrieron la mina verbal y humorística que era la *Historia universal de la infamia*, como lo demuestran, en tácito homenaje, *El reino de este mundo* (1949), del primero, y *Cien años de soledad* (1967), del segundo.

Parece cierto: Borges influyó en escritores como Carpentier y García Márquez, pero no es menos cierto que parte de la herencia original proviene del librito aquel que, en Francia, Schwob dio a la estampa en 1896. *Vidas imaginarias*, obra seminal, cumple entonces una centuria de salutífera empuñación a creatividades variopintas que a partir del modelo primigenio han esculpido una obra caracterizada por el diestro manejo de la ironía y la paradoja a propósito de una biografía. Hay, pues, un cáñamo que ata al Crates (de Schwob) con sus cronológicos descendientes Lazarus Morell (de Borges), Henri Christophe (de Carpentier) e incluso con la parentalía de los Buendía (de Gabo). De ahí que muchos hayan afirmado que la obrita de Schwob, sola, le hubiese asegurado a su autor un lugar en la historia de la literatura contemporánea. La genialidad, sin embargo, a veces no es reconocida y suelen ocurrir crasos ninguneos como el perpetrado por Robert G. Escarpit en su *Historia de la literatura francesa* (FCE, 1986); aunque sabemos que la empresa es difícil por lo copioso de la buena literatura gala, en este

sumario de apellidos gloriosos y semigloriosos no está el de Schwob, hecho que *per se* desacredita al señor Escarpit.

Pero independientemente de nichos y pedestales, *Vidas imaginarias* no ha perdido su jerarquía de libro que produce libros. Al leerlo, el usuario siente el sutil encanto propagado por esos relatos de facilidad aparente; de hecho, adquirir el tono impreso en esas veinte biografías imaginarias hoy no es muy difícil, pero tuvo que ser Schwob quien entreabriera la puerta al siglo xx para que se *escribieran existencias* (que esto significa *biografía*) con la receta y el sazón de sus *Vidas...* Entre nosotros fue tan feliz el impacto causado por Schwob que Gilberto Prado, ensayista y poeta, fraguó vidas (excelentes fueron las de los filósofos Plotino y Giordano Bruno) y Gerardo García, ensayista, urdió la comicísima biografía imaginaria de un poetastro lagunero que soñaba con ser, pese a sus magníficas porquerías, emperador de las letras nacionales. Por mi parte, no recuerdo cuándo escribí sobre Tyson, el feroz pugilista, una historia que no me quedó tan mal remendada y que también reconoce la precursoría de Schwob.

Mi primera edición de *Vidas...* la pesqué, para no variar, entre los libros de viejo que esporádicamente se comercian en la plaza de armas de Torreón.<sup>1</sup> Editado por la catalana casa Barral en 1972, de entrada el volumen me pareció muy pequeño para la importancia que Borges y otros le atribuyeron —eso, lo supe allí, resultaba una supersitición: los libros clásicos no deben ser aparatosos por necesidad—; al leerlo, creo, entendí la razón que apuntalaba el éxito de Schwob. El prefacio fue una revelación equiparable a la que me deparaban las biografías. En él, el francés arma una teoría de su arte y entrega la brújula para emularlo; no se le puede solicitar más claridad a un inventor cuando explica las entrañas de la máquina recién nacida:

El arte se encuentra en el lado opuesto de las ideas generales, se limita a describir lo individual y a desear lo único. Nunca clasifica

sino que desclasifica. En lo que nos afecta, nuestras ideas generales pueden ser parecidas a las que funcionan en Marte mientras que tres líneas que se cortan forman un triángulo en cualquier rincón del universo. Pero fijaos en una hoja de árbol, con sus caprichosas nervaduras, su variedad de tonalidades según la luz, la arruga que provoca una gota de lluvia caída, la picadura de algún insecto, el rastro plateado del caracol, la muerte dorada que va trayendo el otoño, buscad una hoja exactamente igual por todos los grandes bosques de la tierra: a que no la encontráis.

El individuo, como la hoja del árbol ya descrita, es para Schwob ente único e irrepetible en el bosque gigante que es la historia de la humanidad. A partir de allí, el joven escritor (tenía 29 cuando publicó *Vidas...*) traza una visión de la nueva biografía literaria: “el ideal del biógrafo consistiría en distinguir hasta el infinito el aspecto de dos filósofos que hubieran inventado la misma metafísica”. Schwob aspira, pues, a la particularidad: extraer al individuo todo lo que de peculiar guarda su ser, sea esto físico o psicológico, y de paso barrunta un pincelazo de la que hoy día es conocida como historia de la vida cotidiana:

los biógrafos antiguos son especialmente avaros. Al no apreciar nada más que la vida pública o la gramática, sólo nos transmitieron de estos grandes hombres sus discursos y los títulos de sus libros. Es el mismo Aristófanes quien nos ha dado la alegría de saber que era calvo, y si la nariz chata de Sócrates no hubiera servido para hacer comparaciones literarias, si su costumbre de caminar descalzo no hubiera formado parte de su sistema filosófico de desprecio por el cuerpo, lo único que hubiéramos conservado de él serían sus diálogos sobre la moral<sup>2</sup>

A partir de pocos o muchos datos, el francés sugiere que la herramienta más importante del biógrafo es la lupa que le servirá para distinguir, para *desclasificar*, aquellos elementos que le den carácter único a un ser humano resucitado con palabras. Además, el autor cuestiona por qué sólo ciertos hombres, los más grandes y famosos, los que representan la quintaescencia de una raza o un gremio, han recibido el abrazo de la biografía, género que a su juicio se debe apartar de la ciencia histórica, ya que mientras ésta incide en las generalidades, aquélla debe indagar, se quiera o no, en lo particular. Con estas palabras, emblemáticas de su genialidad, termina Schwob “El arte de la biografía” que sirvió de esqueleto a sus relatos y de trampolín para muchos otros que le deben el ejemplo:

Desgraciadamente, los biógrafos han creído a menudo que eran historiadores. Así fue como nos privaron de retratos admirables. Han supuesto que sólo la vida de los grandes hombres podía interesarnos. El arte es ajeno a este tipo de consideraciones. Para un pintor, el retrato de un hombre desconocido de Cranach tiene tanto valor como el retrato de Erasmo. No es gracias al nombre de Erasmo por lo que el retrato es inimitable. El arte del biógrafo consistiría en darle tanto valor a la vida de un pobre actor como a la vida de Shakaspeare. Es un instinto bajo el que nos lleva a notar con placer el acortamiento del esternomastoideo del busto de Alejandro, o el mechón sobre la frente del retrato de Napoleón. La sonrisa de la Mona Lisa, de la cual no sabemos nada (tal vez sea un hombre), es más misteriosa. Una mueca dibujada por Hokusai nos arrastra a las meditaciones más profundas. Si intentáramos practicar el arte en el que destacaron Boswell y Aubrey, sin duda no tendríamos que describir minuciosamente al hombre más grande de cada época, ni anotar las características de los más célebres del pasado, sino relatar con la misma seriedad las exis-

tencias únicas de los hombres, hayan sido divinos, mediocres o criminales.<sup>3</sup>

Con esta página perfecta cierra su teoría el precoz maestro que murió en 1905. Como ya dijimos, *Vidas imaginarias* hubiera bastado para la perenne nombradía de su autor. A un siglo de la primera edición, los lectores de 1996 pueden corroborar el aserto y, por que no, escribir biografías como las de aquel muchacho judeo-francés al cual Rémy de Gourmont definió como un genio de “simplicidad espantosamente complicada”. La genialidad es verdadera; lo otro es, aseguro, parcialmente cierto. Para comprobarlo, basta leer “Eróstrato, Incendiario”, “Clodia, Matrona impúdica”, “Frate Dolcino, Hereje”, “Los señores Burke y Hare, Asesinos” y mi pieza favorita no sé por qué razón: “Crates, cínico”.

#### NOTAS

<sup>1</sup> En 1991, la providencial colección “Sepan cuantos...” de Porrúa publicó —No. 603, México, 135 pp.— las *Vidas imaginarias* acompañadas por *La cruzada de los niños*, también ésta de Schwob; contiene además un prólogo de José Emilio Pacheco y una estampa de Rémy de Gourmont sobre el joven escritor francés. Ésta es, sospecho, la edición más asequible en nuestro páramo.

<sup>2</sup> Uso en este pasaje la traducción de Juan Damonte al prefacio de las *Vidas...* publicada en *Ensayos y perfiles*, Marcel Schwob, Cuadernos de *La Gaceta*, FCE, México, 1987, p. 176.

<sup>3</sup> *Ibid.*

## Logros y desventuras de la crítica literaria en La Laguna

Sin carrera de letras, sin suplementos culturales, sin producción editorial, sin lectores, la crítica literaria de La Laguna ha tenido sonoros éxitos gracias a la dedicación individual de algunos ensayistas que, como sus congéneres poetas y narradores, no han sucumbido ante la indiferencia del entorno. Cada cual frente a su procesador de textos, varios buscadores de sentido oriundos de la comarca entregan con sus obras este mensaje implícito: con talento y tenacidad es posible edificar trabajos cuya solvencia pueda granjear, por lo menos, el aplauso regional. Para demostrarlo, allí están las obras de Gilberto Prado Galán, Gerardo García Muñoz, Saúl Rosales Carrillo, Fernando Martínez, Miguel Báez Durán, Fernando Fabio Sánchez, Édgar Valencia, Magda Madero, Francisco Emilio de los Ríos, Yolanda Natera y algunos más que seguramente mencionaré en el decurso de estos párrafos.

No sin arbitrariedad, en tres áreas puedo ubicar a los oficiantes de la crítica literaria lagunera: a) los ensayistas natos; b) los ensayistas por voluntad c) los ensayistas por obligación y/o por azar. Recorrer esas tres zonas es el modesto propósito de mi comentario. Daré nombres, citaré algunas de sus obras y sus premios si los hay, mencionaré a tinta veloz lo que se ha hecho y lo que puede hacerse. Aquí empiezo.

### a) Los ensayistas natos

Me cabe la fortuna de contar con la amistad del mejor ensayista —enfático que *li-te-ra-rio*— nacido hasta hoy en la comarca lagunera. Mis elogios hacia él, tan numerosos como sinceros, lo ubican como el escritor que es: agudo, informado, complejo e infatigable. A la fecha,

---

Leído en el Coloquio de literatura coahuilense celebrado en Saltillo, Coahuila, en mayo de 2000. Luego publicado en *Acequias* ese mismo año.

más de diez títulos y otros tantos premios nacionales e internacionales testimonian, como pilares indestructibles, el inusitado valor de este ensayista nacido en Torreón hacia 1960. Dueño de una formación multidisciplinaria que incluye la psicología, la filosofía, la lingüística, la teología y, obvio, la literatura, este crítico tiene cerca de veinte años dedicado a la ferviente labor de la escritura. Ensayos largos, ensayos cortos, todos igualmente acuciosos, algunos han sido galardonados en justas de primera importancia como el premio nacional de Crítica de arte, el premio internacional Malcolm Lowry y el premio hispanoamericano Lya Kostakowsky, donde ganó el primer lugar de frente a los jurados Eduardo Galeano, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. Sus libros son, como ya expresé, numerosos, tanto así que no puedo citarlos todos sin consumir demasiado papel: *Las máscaras de la serpiente*, *Huellas de Salamandra*, *Luis Cardoza y Aragón: las ramas de su árbol*, *El oro amotinado*, *Vindicación de Incurable* y *El año de Borgess* son sólo algunos de los títulos más destacados de su producción. Pese a todo, La Laguna lo ningunea con frecuencia y le pide lo imposible a Gilberto Prado: que deje de escribir, que deje de avanzar porque su desarrollo suele resaltar, a magnitudes fosforescentes, el estancamiento de los necios.

Otro hacedor de crítica con mano cuidadosa y cerebro muy bien amueblado es Gerardo García Muñoz. Un año mayor que Gilberto, García Muñoz a logrado construir una obra menos amplia pero tan rigurosa como la que más. Sus asedios lo evidencian como dotado ensayista, dueño de penetrante crítica y severo estilo literario. *El sueño creador*, *La vigilia del Almirante* y un examen pictórico-literario sobre Girone-lla son hasta ahora sus trabajos más enjundiosos y sé de fuente fiable que tiene inédito un libro sobre la cuentística del peruano Julio Ramón Ribeyro y ya prepara un amplio ensayo sobre la novela inglesa del gótico.

Egresado de Derecho en la UIA, creo que el joven Miguel Báez Durán tiene cualidades para figurar entre los ensayistas laguneros que de

nacimiento traen hinchada la vena crítica. Hasta el momento sólo ha editado una *plaque* de estudios filmicos titulada *Hitchcock, Arcand, Wenders: triángulo de cumbres*, pero por sus trabajos periodísticos y por la afinación de su mirada en la maestría de letras que cursó en Calgary, Canadá, puedo anticipar que pronto veremos frutecer más y mejores calas de Baéz Durán, como el que pronto aparecerá en un colectivo de ensayo lagunero.

#### b) Ensayistas por voluntad

En este sector caben muchos escritores que han optado por el ensayo como género que permite acercarse a la literatura con ojos perspicaces. Son narradores o poetas de vocación pero con suficiente olfato hermenéutico como para emplearlo en la lectura escrupulosa, autores que frecuentemente han usado el instrumento de Montaigne para hurgar los intestinos de alguna obra y de ese trance han salido espléndidos trabajos. Saúl Rosales Carrillo tiene inédito en formato de libro mucha reseña teatral, musical y sobre todo literaria. Dos opúsculos de aproximación histórica —*Huellas de La Laguna* y *Brevísima crónica del algodón de La Laguna*— son prueba de que la prosa analítica se le da tan bien como la de ficción.

Fernando Martínez Sánchez, poeta y narrador, también ha lidiado con la labor ensayística. Reseñas, artículos y conferencias nutren su palmarés de opiniones literarias y entre todos sus trabajos de esta índole destaca el estudio preliminar que trazó para la antología *Innovación y permanencia de la literatura coahuilense* publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; por cierto, sé que ya prepara un segundo volumen de esta compilación. Muy recientemente la revista *Fronteras* le brindó a Martínez Sánchez el espacio para una profunda glosa sobre gastronomía lagunera.

Sin parentesco con el anterior, el joven Fernando Fabio Sánchez pule en la Universidad de Boulder, Colorado, sus facultades de poeta, de narrador y de crítico. Hábil inventor de ficciones —hay que leer por

ejemplo su cuentario *Los arcanos de la sangre*—, Fernando Fabio ya ganó un premio nacional de ensayo literario y sin duda no demorará en ver editadas esas y otras indagaciones más.

Édgar Valencia, también narrador de breve edad, cursa su maestría en letras en Xalapa y ha trabado saludable discipulazgo con maestros tan relevantes como Sergio Pitol y Renato Prada Oropeza. De él tenemos édito el opúsculo *Historia y ficción en Columbus*, ensayo sobre la novela de Ignacio Solares que trata sobre el famoso ataque villista a los Estados Unidos. Tenemos eso, pero dada la juventud de Valencia y dada su formación académica, no es descabellado anticipar de él una obra sólida.

Francisco Emilio de los Ríos se ha dedicado a confeccionar antologías y vocabularios. En todos los casos, este minucioso rastreador prepara prólogos que rebasan la intención meramente descriptiva de esas páginas y se convierten en pulcros ensayos. Su *Antología del soneto*, su inédita antología del general Urquiza y sus *Nahuatlismos en el habla de La Laguna* así lo confirman. Desde hace mucho tiene en el telar un catálogo de expresiones propias del habla lagunera, y sé que cuando se publique dicho libro llevará el aderezo de un ensayo liminar bien nutrido de logros.

En esta nómina puedo incluir a Yolanda Natera y a Magda Madero, narradoras y poetas que también en el ensayo logran desenvolverse con frescura. De ellas he leído reseñas y con ellas he participado en mesas redondas. En ambos casos mi opinión es favorable y las ubica como certeras desmenuzadoras de textos literarios.

c) Los críticos por obligación y/o por azar

Aquí agrupo a los poetas, narradores e historiadores que muy esporádicamente hacen crítica y casi siempre bajo pedido. Son, sobre todo, poetas, narradores e historiadores que cuando presentan un libro o son invitados a un coloquio le dedican unas horas al esfuerzo de corte analítico. Lidia Acevedo, Laura Orellana, Ricardo Coronado, Miguel Mora-


les, Paco Amparán y unos pocos más encajan en esta categoría que, como dije al inicio, no es definitiva y tiene mucho de arbitraria.

Por respeto a quienes ocupan cualquiera de las tres zonas establecidas no menciono a los críticos que con robusta mezquindad y nula preparación atreven sus puyazos con el único propósito de zaherir, de negar, de evacuar sobre las obras ajenas con prosa excrementicia. Y no los menciono por una razón elemental: no existen, son fantasmas embozados en todavía más fantasmales seudónimos, seres cuya gallinácea cobardía los obliga a cubrirse el rostro con nombres falsos acuñados en intrigas de cafetín. Como digo, no existen, son espectros que han convertido a la envidia seudonímica en la esencia de sus pequeños destinos.

La crítica literaria lagunera, en resumen, tiene tres o cuatro nombres bien apuntalados en la vocación ensayística, y, detrás de ellos, un buen número de escritores que no hacen malos quesos pero que no tienen al ensayo como eje de su producción intelectual. Me queda claro que el género crítico por antonomasia de la literatura sí cuenta hoy, y contará en el futuro, con pocos pero notabilísimos cultores en esta región y que los hijos de Montaigne, pese a la desolación del desierto, también suelen nacer en La Laguna.

*Comarca Lagunera, 16, mayo y 2000*

## La Laguna literaria: sol y polvo en las palabras



Para quienes no lo sepan, La Laguna se encuentra ubicada en el mero ombligo del norte mexicano. La ciudad más próspera y famosa de esta zona es Torreón, aunque toda la comarca está configurada por diez municipios entre los que también pueden sonar conocidos los mellizos Ciudad Lerdo y Gómez Palacio. Hace décadas, un cruce de ferrocarril y el cultivo de algodón le dieron a La Laguna el empuje económico que ahora ostenta, pues nadie que nos visite podrá después negar que ya tenemos pinta, por lo menos pinta, de megalópolis. Industrias, universidades, supermercados, vías y medios de comunicación además de esmog, delincuentes, vida nocturna, narco, caos urbano, todo eso es parte de la realidad lagunera, aunque, para no traicionar a nuestro venerado jerezano, todavía se respira, sobre todo en ciudades como Lerdo o San Pedro de las Colonias, un cierto aire de provincia con la blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito.

En los planos industrial y comercial, pues, La Laguna alcanzó ya una cierta madurez, pero en lo cultural, y específicamente en lo literario, vive cuando mucho en su pubertad. Dos o tres notables ensayistas, dos o tres buenos narradores, cuatro o cinco poetas de nivel y cero dramaturgos, eso es todo lo que a mi juicio podemos aportar a la república de nuestras letras. Hay muchos jóvenes talentosos, es cierto, y con ellos la lista anterior engordaría significativamente, pero debemos esperar a que cuajen pues nada hay más común que el retiro prematuro del cuadrilátero literario.

Parte del atraso en el que vivimos, visible no sólo en la baja cantidad de nombres con trayectoria bien armada, se puede advertir en la

---

Lo leí en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2001. Fue publicado en *Acequias*.

modesta vida literaria de La Laguna. Hay más de quince universidades, otros tantos centros culturales como casas de la cultura o institutos de cultura municipales, unas cuantas librerías, pero con todo y eso la literatura no ha podido efervescer en nuestra estepa. Al año se publican, y conste que hago cuentas alegres, diez libros de contenido literario. En los tres periódicos importantes no hay desde hace quince años un suplemento cultural serio, y en las universidades, salvo en uno o dos casos, de manera tímida, la literatura no existe. Y aunque es cierto que en La Laguna son convocados cinco premios nacionales —el José Revueltas, el Magdalena Mondragón y el Agustín de Espinoza, de ensayo, el Enriqueta Ochoa de poesía y el de teatro infantil—, sus ganadores suelen ser escritores foráneos. En este escenario, poco se puede esperar que no sea fruto de las vocaciones individuales y aisladas, muchas de las cuales ya salieron del gran chaparral para calar suerte en otras regiones de México, de Estados Unidos, Canadá, España y Francia.

Al disperso gremio de los escritores laguneros serios hay que agregar, como en todas partes, un contingente más o menos abultado de villamelones —escritores que no escriben, escritores *onapafa*— y otro bastante aparatoso de escritores, sobre todo poetas, que escriben con el puro pundonor pero saben de literatura lo mismo que yo sé de protoalgonquino. En este segundo grupo hay señoras y señores que forman clubes, tertulias, peñas bohemias, que se mandan hacer a la medida doctorados horroris causa, que escriben ovillejos y acrósticos, que financian sus propios mamotretos, que publican encanecidos poemas en las páginas de sociales y hacen lecturas colectivas tan vaciadas y fellinescas, tan pretensiosas y fallidas que de seguro regocijarían al más exigente público europeo. Eso es parte del color local, del pintoresquismo que ninguna ciudad puede anular a menos que aniquile a un buen trozo de su población.

Pero ni los charlatanes ni los escritores de peltre trascienden la frontera de cerros pelones que caracteriza al paisaje de la comarca

lagunera. Por fortuna y alabado sea el señor, estos *escritores* —por llamarlos de algún modo—, no tienen la ambición de llevar muy lejos su folklore. Por eso sus poemas se hinchan con elogios al río Nazas, a nuestra pequeña historia de bronce, a nuestras chulas mujeres, a la pujanza de quienes vencimos al desierto. La geografía, el clima, el pasado heroico y la visión progresista, todo en octasilabos rimados, son los rasgos distintivos de la literatura secretada por los artistas que han optado por habitar el sector más polillento de las letras laguneras, y basta un poema o un relato para notar que allí los estilos y las atmósferas parecen más anticuados que las polainas de don Susanito.

Donde sí es evidente un desarrollo y una sintonía con la mejor literatura del mundo es en los ocho o nueve escritores que desde hace dos décadas han trabado obras de empaque, algunas de duradera estimación y ayunas por completo de rancheridad. Ganadoras de concursos nacionales e internacionales, publicadas en sellos importantes como los de la UNAM, el FCE, Planeta, Tierra Adentro, Castillo, entre otros, estas obras han colocado a La Laguna no en un sitio prominente en el contexto de la literatura mexicana, pero sí en el del norte y, particularmente, en los estados de Coahuila y Durango.

El puñado de escritores laguneros a los que me quiero referir como los más adelantados alcanza a caber en un parrafito: Gerardo García Muñoz, Fernando Fabio Sánchez, Gilberto Prado Galán, Édgar Valencia, Saúl Rosales, Pablo Arredondo, Francisco Amparán, Fernando Martínez, Lidia Acevedo, Yolanda Natera, Miguel Morales Aguilar, Magda Madero, Marco Antonio Jiménez y alguno que se me escapa son, para mí, los autores más hechos que podemos presumir. No es, como ya dije, una lista abrumadora, pero entre todos ya suman cuarenta ediciones y algo así como quince premios nacionales e internacionales (abro un largo paréntesis: no cuento aquí a los laguneros de nacimiento pero que desde hace años emigraron del terruño para seguir en otras

latitudes sus vidas literarias; en esta nómina estarían Enriqueta Ochoa, Jorge Díaz Vélez, Salvador Castañeda, Antonio Saborit y Mauricio Beuchot; ellos no han estado en La Laguna durante los últimos veinte años, así que no hago tan mal en colocarlos aparte, acaso como laguneros en el exilio).

La mayoría frisa o rebasa por poco los cuarenta años, y los géneros que trabaja, en orden de prolijidad, son la poesía, el cuento, el ensayo y la novela. El grupo de los poetas es, quizá, el más apegado a la temática que podríamos llamar *lagunerista*. Aunque todos o casi todos han huido del verso tradicional —pues nunca falta quien se aviente un soneto para pasar el rato—, la lírica de La Laguna husmea en las calles, en los cines, en los parques de la localidad y hace suyo el palpito cotidiano, la risa y el llanto de la gente, la crisis de estar vivo, el habla popular. En general, los poetas que coloco en esta lista no son nada ingenuos, y tienen muy bien digerida su dosis de Vallejo, Neruda, Paz, Sabines, Huerta, Gelman y otros tantos autores influyentes. Tenemos el caso de Pablo Arredondo, poeta torrencial, instintivo, una mezcla vallejo-nerudiana que con sólo tres libros ha demostrado tener una voz sólida y madura. Otro poeta de inusitada fecundidad es Miguel Morales; apenas con treinta años, este joven ha publicado ya en *El ala del tigre* y tal vez no sea erróneo considerarlo el más osado en materia de pirotecnia verbal, un ludismo que gusta incorporar, como ningún otro en La Laguna, la palabra callejera y el insulto, el giro que lo identifica con sus referentes inmediatos: el cerro de las Noas, la plaza de armas, la colonia Moderna, el mercado Alianza, las calles y los escondrijos de Torreón. De voz más sosegada pero también fecundo y buen poeta, Fernando Martínez Sánchez tiene dos o tres poemarios (con uno de ellos ganó recientemente el Pellicer-Frost) que muestran con desenfado a una comarca lagunera poco conocida, la de los cincuenta y sesenta, siempre con la perspectiva del joven alucinado y trotamundos que fue Martínez Sánchez. Otro poeta, este de verso refinado y cuidadoso, es

Marco Antonio Jiménez; su poesía no duda en establecer contacto con La Laguna, con el lado más etéreo del paisaje, con el sol, con el polvo, con la parca naturaleza que nos vino a tocar.

Como casi todos los escritores, nadie se contenta con la práctica de un solo género, aunque siempre habrá preferencia por alguno en especial. Así, el grueso del pelotón literario de La Laguna está conformado por narradores que también han coqueteado con la poesía o el ensayo. El cuento es el molde más socorrido, y allí figuran los nombres de Saúl Rosales Carrillo, Francisco Amparán y Miguel Báez. Aunque de manera muy distinta, en los tres casos hay una evidente incorporación de referencias al entorno lagunero: mientras en la narrativa de Rosales Carrillo habitan personajes devorados por la frustración y el olvido, seres asfixiados por la realidad que les cupo en mala suerte —todo ello armado con una voluntad estilística notable—, en los relatos de Amparán se perfila a los laguneros de las clase media, a los esnobs y trepadores, a la pequeña burguesía doméstica victimable por el lado de lo caricatural descrito con una prosa directa, aligerada de retorceduras y barroquismos, a veces demasiado llana. Miguel Báez, mucho más joven que los dos anteriores, no ha publicado todavía sus cuentos en libro, pero ha dado muestras de su amarga y sardónica narrativa en revistas literarias. De él se vaticina una obra tan amplia como punzante. Aquí debo incorporar también a Magda Madero, Yolanda Natera y Lidia Acevedo, tres narradoras que auscultan el alma de La Laguna con cuentos y novelas nada desdeñables, aunque presiento que sus mejores obras están por llegar.

En el ámbito de la crítica tenemos ensayistas que también son poetas y narradores, aunque por su formación académica he decidido colocarlos mejor en el predio del ensayo. Se trata en todos los casos de escritores muy poco involucrados en la crítica a la literatura local; más bien, sus ensayos han escrudriñado en obras consagradas, en el siglo de oro, en Graham Green, en Cardoza y Aragón, en Palafox, en Bioy, en

Cabeza de Vaca, en la novela gótica, en el Inca Garcilaso, en Paz y en Borges, en puro autor de grandes ligas. Aquí, el más destacado es sin duda Gilberto Prado Galán, ensayista de calibre subido, autor de una obra analítica ya bastante considerable y respetada. Junto a él podemos colocar a Gerardo García Muñoz, el más obsesivo rastreador de pistas literarias, el más memorioso. Menores de treinta años pero ya con enormes pruebas de solidez analítica, Fernando Fabio Sánchez y Édgar Valencia tienen obra editada de gran calidad; ambos ya despacharon sus maestrías en letras y ahora atraviesan por el doctorado en Estados Unidos y en Francia, respectivamente.

En suma, la literatura de la estepa lagunera no cuenta con una baraja de muchas cartas, pero las pocas que tiene pueden servir para ilustrar que también por acá se escribe bien, con mucho sol y polvo y obstáculos, es cierto, con muchas carencias y sin vida intelectual en las calles, también es cierto, pero sin el estrago de la ingenuidad o del telurismo chafa, las dos plagas más frecuentes en aquellas regiones donde todavía no sopla el viento del *glamour* literario.

*Comarca Lagunera, 27, noviembre y 2001*

## Tyson contra Tyson

### LA TRÁPALA DEL BOX

El tamaño de los escándalos y su entreveración periodística autorizan el funcionamiento de la máquina imaginativa. Si es así, imagino un poco en torno a *la verdad* que nos acercan las agencias noticieras. Escribo sobre el negrazo boxeador porque su vida evidencia, si no me equivoco, el rudo y estrepitoso decurso de los boxeadores con renombre, más populares precisamente por sus licencias y bestialidades fuera del cuadrilátero que por sus hazañas deportivas. Porque un detalle resulta irrefutable: los pugilistas con mayor arrastre han sido siempre los rebeldes, los irredentos fuera del encordado. Tal parece que el morbo público los persigue y ellos se obstinan en satisfacerlo. La fama de Jack La Motta, para ejemplo, creció por sus amoríos con modelos de pellejo cotizado. El éxito de Muhammad Alí aumentó por sus justificadas bravatas antimilitares y sus boconerías contra el que estuviera enfrente. En México, semillero de púgiles sin gobierno, el ejemplo de ejemplos lo tenemos en la vida relajada y anárquica del Púas Rubén Olivares, símbolo de la grandeza boxística y del valemadrismo civil. En la comarca lagunera, Sigfrido Rodríguez, grande del terruño, golpeaba borrachines en la zona de tolerancia luego de haberse liado con lo más peligroso de su división, como Alexis Argüello, el bombardero de Managua. Hay muchos casos de estrellato polémico, y para comprobarlo con una rápida enumeración basta recordar al *Chango Casanova*, al *Mantequilla Nápoles*, al *Gato González*, al *Manos de piedra Durán*, al

---

Fue mi primer intento de biografía schwobiana. Dada su anómala conducta, el personaje se prestaba de maravilla para escribir esta especie de *vida imaginaria*. Lo publiqué en *brecha* allá por el 92. Aquí le cambié el título y le quité el epígrafe. Aclaro que esa prosa *ex mía* ya no me gusta.

*Toro de las pampas* Monzón que por cierto hoy purga sentencia por haber despachado a su esposa con dos o tres puñetazos criminales. El último caso fue, quizá, el del *Maromero* Páez, quien apretó de gente las arenas por el circo que montaba antes y después de los pleitos oficiales. Pero en el inicio de este año las páginas deportivas recogieron el sanquintín del *tysongate*. Por curiosidad, acerquemos la mirada al cuchitril.

#### PRIMERA ATMÓSFERA DE MIKE

En las canallas avenidas del Bronx, eterna jaqueca de Nueva York, los negros, los blancos y los cuarterones emprobrecidos reputan al sector como una jungla cosmopolita. Desde que pelan los primeros ojos, los mocosas del Bronx cultivan los dogmas elementales de su bestial convivencia: agredir, defenderse, sobrevivir entre la hostilidad que acecha en los pliegues y las esquinas del concreto. En esta tierra sin dios e hirviente de crápulas, los motivos para el zafarrancho pueden ser mínimos (una miradita, un empujón) o máximos (una linda hembra, un resquemor pandilleril, un paquete de coca o marihuana). Los jóvenes aprenden rápido el tenor de sus existencias. Sobre las convulsas calles y en los matreros callejones la muchachada pule el hábito de la violencia y del desquite. Todavía niños, practican su religión: tirar la primera piedra antes de que el otro llegue y les parta su puta madre. Como buenos salvajes, en poco se diferencian de las más iracundas tribus amazónicas. El ocio no se permite y los adolescentes, en el baldío, en el bodegón, descubren la destreza del revólver y el cuchillo, descubren los secretos de su belicoso paso por el mundo. Aquí la maldad no descansa y hay que andar prevenidos. Como en el monte, nadie sabe qué peligros hay detrás del árbol o la roca. En el tráfago diario, muchos son asaltados, muchos son heridos, muchos se van al más allá debiéndola y temiéndola. La sangre es un habitante común en estos rumbos. Inocentes viejecillas ven a diario cómo vuelan sus bolsos en manos de un veloz escuinle. Señoritas castas pierden su doncella a fuerza de apretujo-

nes y endilgado besuqueo. Hordas de caníbales urbanos se despedazan por la defensa de un territorio para las andadas. Jóvenes aún con espiñillas amanecen por ahí, tirados y con una descortés puñalada en la espalda o un balazo rencoroso en la nuca. Alguna matanza numerosa ilustrará mejor que nada el calibre de los fervores asesinos que afa-man al Bronx. El cinematógrafo, puntual cronista de nuestros tiempos, ha querido reflejar la contumaz inhospitalidad de esa selva (recor-demos a Charles Bronson, el “vengador anónimo”, en busca de pelafustanes dentro de las madrigueras neoyorkinas). Por televisión, infinidad de episodios nos han enseñado las vicisitudes de un servicio policial permanentemente atareado en imponer su ley ante los joven-zuelos bárbaros. Las correccionales y los separos siempre tienen un superávit de visitantes sin deseos de escarmentar.

Pues bien, en ese mundo desordenado y perverso anda un negrilla que se distingue en su grupúsculo por muchas peculiaridades: una des-comunal fuerza física, una valentía sin trabas y un ingente deseo de triunfos hamponiles. Además —y aunque apenas es adolescente— ya le cuadran las chamacotas y en más de una ocasión le ha tocado el trasero a cualquier caminante desprevenida. Mike, con sólo doce años, estima borrosamente que tiene dos grandes vicios, a saber: los pleitos a mano limpia y las mujeres (a mano limpia también). Aún ignora que su destino será generoso y le reserva infinidad de bofetadas y muchachas, en ese orden. En los guantes y en las faldas, respectivamente, estarán cifrados su ascenso y su caída.

#### MIKE SALE DEL EXCREMENTO

Hasta los trece años, sólo era un negrilla más, vago y marrullero como tantos en los recovecos de Brooklyn, Harlem, Catskill o el Bronx. Su rastro genealógico es nebuloso, oscuro como su tez. Sabemos escasamente que Michael Gerard Tyson Smith arribó al mundo el 30 de junio del 66. Jim Kirkpatrick, padre olvidadizo o sinvergüenza, dejó su licor

seminal en la madre de Mike y se largó a proseguir su labor de semental desobligado. Del señor Kirkpatrick queda sólo eso, un apellido que es mejor no recordar. Como muchas otras abandonadas y pobres, la señora Tyson poco pudo encarrilar las vidas de sus tres vástagos, entre ellas la del pequeño Mike. Así pues, mientras la triste señora pepenaba algunos sufridos dólares en donde fuera, los muchachos encontraron una tutora: la calle. Pronto la familia se desperdigó y Mike, sin saberlo siquiera, era ya un desorientado mocosito en la amplitud del méndigo universo. Estaba solo, absolutamente solo, y sin nada en los bolsillos, ni en la cabeza, ni en el corazón. Pero Mike poco lloraba con su vida telenovelesca. Al contrario, amaba la calle y le servía para desquitarse, quizá inconcientemente, las injusticias que le impusieron desde su nacimiento. Apenas era un adolescente y ya su currículo delictivo, como pocos, demostraba su enorme potencial de vándalo ciudadano. Atracos, riñas e inmoralidades estaban asentados en la inverosímil ficha del muchacho. Aunque era el más joven de su banda, se dice que en los robos él era el encargado de sostener la amenazante pistola. De alguna manera, Mike llegó a negar lo anterior: “Por favor, no piensen que realmente era un criminal. Yo robaba, pero había otros que hacían cosas peores, como matar”. Con su característica sinceridad, Mike aceptó robos y demás, pero no permite que se le achaquen siniestros mayores, es decir, asesinatos, uso de armas letales. El negrito, es obvio, hacía vida callejera. Ahí, en la calle, comía, ahí dormía, ahí desahogaba sus menesteres orgánicos. Las banquetas y las casas abandonadas eran de su propiedad. Por sus tropelías muchas veces lo enjaularon. Mike era visitante asiduo de reformatorios y separos policíacos. Cuando lo dejaban salir volvía a su rutina de pillastre. Los que lo conocieron en esas correrías llegaron a creerlo incorregible. Mike, por otro de sus ilícitos, fue internado en la Tyron School de Nueva York. Ahí su comportamiento caía en hondas depresiones, pero, de repente, su carácter entraba en profundas etapas de iracundia. Para controlar sus enfados

era necesaria la fuerza de varios cuidadores que lo recluían en una celda solitaria, hasta que le bajara la adrenalina al furibundo osezno. Paradójicamente, al entrar al internado Mike salió de la mierda callejera. La curiosidad, y su naturaleza agresora, llevaron a Mike a calzarse los guantes de boxeo. Entonces pasaba largas horas acostado en la cama de la correccional para menores. Soñaba con dos aspiraciones fijas: boxeo y mujeres. Pero cómo. Hasta que un buen día apareció su redentor, un manager sesentón llamado Constantino Cus D'Amato, quien remolcó a Mike hacia lugares menos pestilentes.

#### BOX Y BUENOS MODALES PARA MIKE

Estamos en el gimnasio instalado en la azotea de la estación de policía de Catskill. Cus D'Amato observa cómo hacen rounds de exhibición algunos jóvenes detenidos por fechorías diversas. Sube al cuadrilátero un treceañero musculoso y chaparrón. D'Amato hace una pregunta a un espectador contiguo. Le contestan que el muchacho ése responde al nombre Mike, lo han detenido más de cuarenta veces a sus trece años, está internado en la Tryon School y apenas comienza a practicar guantes. Cus, atónito, mira al negrito. Analiza sus movimientos, examina su reciedumbre, cata su agilidad, pondera su valentía. D'Amato, boquiabierto, hace cálculos mentales: aún espinilludo, el bisoño pugilista despacha —no: fulmina— al flan que le pusieron como adversario. Bastaron dos rounds para finiquitar el compromiso. Luego Cus bisbisea un comentario al espectador vecino: “Él será campeón de peso completo. Si lo desea, lo será”. Cuando termina el pleito, Cus se acerca a Mike, le da unas palmadas de felicitación y suelta elogios a su capacidad. El joven es arisco, pero al final acepta su primera oferta, accede a salir del internado bajo la tutela de Cus D'Amato. En una casa con más de diez recámaras, Mike vive en compañía de Cus, quien se convierte en su entrenador, casi en su padre. Mike ahora está lejos de las

inclementes barriadas donde pasó los años iniciáticos de la malditez. Olvida el frío y el hambre. Pasa el tiempo de la indefensión y agarra confianza. Ahora tiene un padre, un consejero, un amigo que le desbroza el camino antaño espinoso y hoy más transitable. Los robos y las pependencias empiezan a parecer asunto demasiado pretérito. Qué bueno, D'Amato destuerce, poco a poco, el burdo trayecto vital de Mike, quien por primera vez recibe afecto y, por tanto, cumple las órdenes que le dirige su maestro don Cus. Mientras tanto D'Amato confirma el tino de su adquisición. El jovenzuelo ostenta presencia física, experiencia pependenciera, deseo de billetes y fotografías, y lo más valioso de todo: tiene los testículos muy bien colgados para el oficio de los puñetazos. El viejo manager consumó su proeza con Mike. Lo sacó de la caca delictiva y lo metió en el gimnasio. Ahí, con paciencia de relojero, Cus le inculcó los rudimentos del pugilismo y, lo más importante, le impartió modales de urbanidad al ríspido prospecto. En el sudoroso gimnasio, el negrito percherón azotaba costales y peras locas, hacía boxeo de sombra, gemía con lagartijas y abdominales sin tregua. En las peleas de ensayo lucía sus sobrehumanas facultades para destrozar. “¡El jab, Mike, suelta el jab, suéltalo!” “¡Súbe la guardia, Mike, súbela, carajo!” “¡Muévete, muévete, cintura, cintura, cierra esa salida, bien, bien, Mike!” Hecho ya un mocetón de 18 años, el negrito poco quería saber de la técnica, el estilismo boxístico no lo desvelaba mucho. Él se sentía fajador y sólo quería pegar, acribillar, destruir con los nudillos a las peritas en dulce que le pusieran como oponentes. Lo más insólito de todo es que lo lograba. Sin ser un dechado de técnica en el tomadaca propio del pugilismo, el negrito espantaba a sus rivales, los sparrings, en el cálido gimnasio. Pocos aceptaban medirse, aun en los entrenamientos, con ese artillero bárbaro que salió de quién sabe cuál escondrijo del suburbio neoyorquino. En resumen, Cus D'Amato había encontrado una joya para el deporte de las narices aplastadas; su nombre era Mike, un joven negro con alma de cavernícola, cabeza cúbica, ojos de matón,

encías chimueles, cuello de buey, pecho de Partenón, espalda de refrigerador, cintura de bailarín, piernas de rinoceronte, puños de trinitrotolueno y hartas ganas de hacer hartos billetes en la harto jugosa industria del boxeo. Los primeros pleitos oficiales comenzaron a llegar y Mike, sobre el encordado, no defraudaría ni a sus rivales, quienes al verlo cerca se arrugaban de terror.

#### TYSON ENSEÑA LA MACANA

En la mansión de Catskill, Camilla Ewald, cuñada de Cus D'Amato, atiende al manager y al boxeador precoz. Los dos andan embobados por el pugilismo. En todo tiempo, Cus explica, aclara, describe los elementos finos del primitivo oficio, y Tyson escucha como si fuera un hijo-alumno. Conocida la índole feroz del muchacho, Cus sabe que de poco sirven los consejos que le da sobre elegancia y técnica. El descomunal martillo que dios le dio resuelve muchos problemas de adiestramiento. Tyson, siempre con ropa deportiva, de todas maneras procura perfeccionar sus movimientos sobre la lona. Hoy mejora su guardia, mañana su *bendig*, pasado su ritmo y perneo. Poco a poco el ex pillito localiza su verdadero futuro: el fajín de la máxima división universal. Cada rato, Cus le recuerda a su pupilo: "Serás el campeón de peso completo más joven de la historia". Entonces el chamaco, a solas, le daba rienda a la ilusión. ¿Qué significa ser monarca de peso pesado? Híjole, fama, coches, joyas, viajes, entrevistas; ¿y mujeres?, las que quiera; mujeres, las que se antojen. Cerraba el paréntesis de las esperanzas y seguía tupiéndole al entrenamiento bajo la asesoría del viejo D'Amato, sabio en esto de preparar combatientes para las grandes aventuras sobre el ring. Sólo en 21 meses Tyson despachó 27 peleas en el ámbito amateur; todas las ganó con insólita facilidad. Eso le dio un fabuloso margen para que trepara, sin más ni más, al profesionalismo. El 6 de marzo del 85 se inauguró en el boxeo pagado. Nadie le hizo caso al bisoño peleador. Los diarios de Albano, Nueva York, apenas menciona-

ron, en un rinconcito de papel, que Tyson derrotó por *ko* en el primer episodio a un tal Héctor Mercedes, combate preliminar de una función sin mucho condimento. Pero así comenzó su ruta formal hacia el trono. Las primeras actuaciones de profesional rápidamente lo instalaron como serio aspirante al cinturón pesado. En sus 16 peleas de arranque nadie le aguantó más de cuatro episodios. Tyson salía a masacrar al adversario y, con sólo dos años de labor convencidora, recibió el chance de disputar la corona de mayor quilataje a Trevor Berbick en Las Vegas. Cabe traer un detalle de valor: en el 85, a los 77 de su edad, murió Cus D'Amato; esto, lejos de amilanar a su educando, le imprimió mayores arrestos. A la memoria de Cus —el casi padre— Tyson dedicaría su carrera destructiva en el pugilismo venal. El 22 de noviembre del 86, a los veinte años, cuatro meses y 22 días de nacido, Tyson obtuvo el cinturón al aplastar, en el segundo asalto, a un Trevor Berbick que anduvo, por los macanazos, como zombi antes de que le salvaran la vida parando la pelea. El negrito de Catskill, así, se convirtió en el más joven campeón de peso máximo en la historia de la barreta. Fue entonces cuando la televisión y los periódicos le concedieron un lugar honorífico. La fama, los billetes, las ofertas y todo lo demás comenzaron a empalmarse en el impetuoso estrellato del ex vándalo. La vida, después de lo anterior, no resultaba tan mezquina como pintó al principio. Los anhelos de Tyson comenzaron a cristalizar con la supremacía universal en su división y alguna buena hembra serviría para celebrar el buen momento.

#### TODO PARA TYSON

El relumbrón de la gloria boxística le sirve a Tyson para ganarse el afecto de la gente. Sin inmiscuirse en política promueve a los negros, sus amados negros, tan discriminados todavía por tanto hijodeputa sin color. El campeón forma tumultos en plazas públicas, visita colegios como la madre Teresa y graba comerciales antidrogas. El ex pan-

dillero incrementa su fama ya de por sí espléndida. Es un muchacho ejemplar y bla bla bla. Los reporteros y los cazautógrafos lo asedian. Por supuesto, Tyson no es precisamente un intelectual. Con su rústica expresión oral concede entrevistas y arranca sonrisas con sus ligeros desplantes de soberbia. Muestra que también sabe ser polémico, controversial, pomadoso y picante. Por estos meses, es el bienquerido, el bienamado de los cuadriláteros yanquis. En sus ratos libres —muy escasos— aumenta su cultura boxística. Asiste religiosamente a la filмотeca de Jim Jacobs y coteja, con entusiasmo de chiquillo, parte de los 26 mil filmes sobre peleas. Admira sobremanera los documentos en celuloide de Jack Dempsey, Henry Armstrong, Muhammad Alí y Roberto Durán, el *Manos de piedra* panameño. También le agradan, para entrenarse, los churros de karate, las películas de terror y las caricaturas que su infancia no conoció. Su odio de cinéfilo se lo reserva al Rocky hollywoodense de Stallone, boxeador de mentiritas. En ese trajín público-privado se dan sus defensas del cetro mundial. Y todo le daba fama al negrito: desde sus declaraciones chuscas hasta su turbio pasado, desde su animal fortaleza hasta su peculiar vestimenta sobre el ring: siempre de negro y sin calcetines. Luego de agenciarse el campeonato contra Berbick, Tyson conservó el fajín al derrotar al *Quebratahuesos* Smith, a Pinklon Thomas, a Tony Tucker, a Tyrrell Biggs. En el 88 cobró venganza por un ídolo de su niñez —Mohammad Alí— al aplastar al costal Larry Holmes, quien había despedazado “al más grande” algunos años ha. Después cayeron Tubbs (en Tokio), Spinks, Bruno y Williams. Vaya encumbramiento que alcanzó Tyson al final de los ochentas: 24 años y ya ganaba todo lo que quería con su imagen y sus puñetazos. El presente y el porvenir tenían lindos colores para el ex rufián del suburbio neoyorkino y nada, óigase bien, nada podría decolorar su jubilosa carrera como gladiador de los encordados. Por su ejemplo, el orbe lo respetaba y pocos le regateaban algún comentario de admiración o el derroche de aplausos a su magnífica bestialidad

bien encausada, paradigma de la superación personal que tanto celebra el siempre insatisfecho consumismo gringo.

#### ZANCADILLA A TYSON

Los noventas comenzaron con un mal augurio. El 11 de febrero, Tyson defendería su corona, en Tokio, contra un ilustre desconocido: James “Buster” Douglas. Los momios indicaban, con una lógica apegada a las fojas de los dos peleadores, que el monarca retendría el cinturón sin mayores complicaciones. El público japonés, uno de los pocos que pueden pagar las enormes bolsas que exige Tyson, se muestra ansioso de ver por segunda ocasión al monstruo de color. Platica con las geishas, enfrenta simuladamente a los luchadores de sumo, convive con los niños. No cabe duda alguna: es una celebridad, uno de los deportistas más famosos del momento. Y lo merece, caray. Horas antes del pleito, *Buster* Douglas recibe un telefonazo desde Estados Unidos: “Murió mamá”, le dicen. El retador, pues, trepa al cuadrilátero cargando la losa de aquella enorme pérdida. Eso lo sublima, lo enardece, lo acicatea para que consiga el triunfo frente a la piedra que es Tyson. La riña es pareja, aunque Tyson logra conectar algunos golpes que le dan ventaja en las puntuaciones. A la mitad del compromiso, un buen mandarrriazo del campeón sacude al oponente; la campana salva a *Buster*. Tyson sigue metiendo las manos con cierta facilidad. Douglas, inspirado, enardecido hasta la heroicidad, resiste como los hombres el ladrillo de Tyson; éste se desespera, se desconcierta, pues ya surtió su mejor repertorio y nada, el retador sigue de pie, y lo peor, ahora parece que va para adelante sin importarle lo que den. El encuentro está sabroso y Octavio Meyrán, réferi mexicano, cumple como es menester. Miles de espectadores en el planeta miran el zafarrancho y se mordisquean las uñas. En el último tercio de la batalla Tyson, poco acostumbrado a las distancias largas, anda un tanto desmejorado. Por el contrario, *Buster* Douglas se encrespa y agiganta su condición. El retador, entonces, ve

disminuido al monarca y aprovecha para meterle una ráfaga de guantes. Podemos imaginar lo que sigue en cámara lenta. Tyson baja demasiado la guardia; el cansancio demora su accionar. *Buster* se ve mandón, entero. Aplica un lancetazo criminal de derecha, luego un zurdazo asesino y Tyson acusa el efecto de aquellas puñaladas: visita, por vez primera en su trayecto deportivo, la desconocida lona. Meyrán le da la cuenta de protección. Tyson, mirada vidriosa, se levanta para que le vuelvan a surtir una fábrica de puños en el rostro. El réferi paró la refriega. Douglas miró al cielo para saludar a su madre recién ida y Tyson, aún alelado por la felpa, baja la cabeza en rictus depresivo. No conocía las zancadillas en este negocio; pues bien, mucho gusto. Cayó el invictísimo y su palmarés quedó con 37 victorias y una vergonzosa debacle. Así son las cosas, ya veremos cómo salir de este agujero.

#### NUEVA CAMPAÑA DE TYSON

El trago acérrimo pasó en poco rato. El ex bandolero de Bronx subió de nuevo al cuadrilátero y en un año (de junio del 90 a junio del 91), salió airoso de cuatro compromisos. Tillman, Stewart y dos veces Ruddock fueron sus contrincantes. Tyson hacía campaña para enfrentarse al campeón del momento, otra maravilla, un negrote con finta diabólica llamado Evander Holyfield. La pelea entre estos dos gorilas se posponía y se posponía. La gente de Holyfield armaba cien excusas para soslayar el pleito de los gigantes, y Tyson, mientras tanto, esperaba y esperaba, haciendo pasadero el aburrimiento con el gasto de su fortuna y el entrenamiento a medio gas, hasta que este cabrón de Holyfield le diera la oportunidad de disputar la corona, para que se viera quién era quién.

#### TYSON PEPENA BELDADES

El principal vicio de Tyson, quizá su único vicio, ya lo dijimos, siempre fueron las chamacas. Una hembra con sus cositas bien puestas era capaz de derretir al ex rufián. Con sus millones probó de todo. Hoy

salía con una trompudita y caderona, mañana con una flaca de buen ver. Prefirió siempre a las delgaditas de piel acanelada. Lo enloquecían las morenas aeróbicas, esas chuladas que con solo caminar le alborotaban las hormonas. Tenía muchísimo dinero y no cometió el error de enamorarse. Para qué, si había miles de beldades listas para caer victimadas por su voracidad de Casanova. Su ocio estaba regido, ahora, por una sola obsesión: mujeres, mujeres, más mujeres. Pero con todo y su platal, Tyson batallaba para encontrar la satisfacción de su apetito. Muchas preciosuras le guardaban algo de miedo. El millonetas era tosco, medio brutal y cínico. Pero ni modo, un buen regalo de Mike compensaba la rispidez con que se conducía. Muchas pasaban por sus armas y quedaban contentas con el regalo que Tyson les alcanzaba. Se reconocía, él mismo, como un mujeriego empedernido, y le daba gusto serlo, y tener los billetes para serlo, por algo se partía la jeta sobre el ring, ¿o no? La fama seguía en excelente nivel y el negro musculoso viajaba en una de sus limosinas con los vidrios ahumados. En un hotel de Indianápolis estaba en la etapa de traje de baño el certamen Miss América Negra, que reunía a los mejores cuerazos de la raza en los Estados Unidos. Tyson se enteró y fue a merodear la pasarela de los forros. Por dentro, al ver aquel espectáculo, su apetito aumentó. Mira nomás aquélla; y que me dicen de ésta; y ésa otra qué bárbara. Conversó con algunas, hizo propuestas, mandó regalos. La que más le gustó fue una escultura llamada Desiree Washington, chula como ella sola, mamacita. Tyson trató de seducirla con sus encantos en metálico. La piropeó con fervor, le regaló alguna enceguecedora sortija. Luego Desiree, ingenua y pretenciosa, tonta o arribista, no sabemos, aceptó salir con Mike, tan gentil muchacho. Ambos se pasearon en la refulgente limosina. Cenaron lo mejor que se puede cenar. Charlaron entre risas y choque de champañas. Entonces Mike la invitó a la suite del hotel. Desiree, un poquitín atolondrada por el lujo, aceptó. Ya en la habitación los hechos se tornaron borrosos. Sabemos vagamente

que Tyson quiso lo que todos quieres a esa hora. Desiree, dicen, se negó. Dicen también que Tyson, en el grado máximo de la calentura, forzó los acontecimientos y ultrajó las decencias de la señorita Washington. El boxeador cumplió su capricho y se largó, sobreentendiendo que la señorita ésa (¿cómo se llama?) había quedado contenta con el obsequio del famoso personaje. Pasaron unos meses y Tyson buscó nuevos amores, pasajeros y fortuitos, como era su estilo, el estilo de un campeón que no se anda con pendejadas sentimentales y esas musarañas.

#### TE HABLAN, TYSON

Patricia Gifford, jueza del Tribunal Superior del Condado de Marion en Indianápolis, mandó llamar al señor Tyson. La señorita Washington, bien asesorada, lo acusa de violador. De pronto, el destino del expendenciero se vuelve a oscurecer. Los acusadores sostienen que Tyson atacó sexualmente, el 19 de julio del 91, a Desiree W., jovencita de 18 años, hoy lastimada para siempre en su moral y bla bla bla. Tyson, con su conocida sinceridad, aceptó que era un mujeriego, y señaló que Descree sabía con quien andaba. “No la violé en ningún sentido de la palabra. Nunca me dijo que parara o que le estaba haciendo daño”, aclaró el boxeador ante la corte. Sin embargo, las evidencias presentadas por la parte acusadora parecieron más convincentes al jurado mixto de ocho hombres y ocho mujeres. Descree narró los pormenores que se dieron aquella noche en el cuarto 606 del hotel Canterbury. Mientras tanto, la opinión pública estaba cimbrada sobre el relato de los hechos. Se habló de fuerza bruta contra la pobre universitaria, de estupro, de sexo oral y groserías verbales. La defensa sostenía un solo argumento: la joven sabía con quién estaba y aceptó tener relaciones con el señor Tyson. Ella negó. Los acusadores embistieron y dejaron mal ubicado al titubeante Tyson. Esta pelea la estaba perdiendo. Después de unas semanas, el estira y afloja se resolvió el 26 de marzo, día de la decisión, día de la sentencia.

## SEIS DE SOMBRA PARA TYSON

Seis años a la sombra fue la condena para el rijoso. Tyson fue hallado culpable de violación y perversión criminales. Hubo pedidos de libertad bajo fianza, apelaciones, pero parece, en estas fechas, que Tyson tendrá que aburrirse entre las rejas de alguna cárcel, quiera o no. Todavía declaró: “Espero lo peor. No sé si podré afrontarlo”. Con sinceridad, y algo de cinismo, indicó: “Temo. Pero no soy culpable de este crimen. No le hice daño a nadie, no hubo ojos amoratados, no hubo costillas fracturadas”. Al final pudo decir: “Me gustaría disculparme con ella, pero no está aquí. Sé que mi comportamiento fue algo vulgar”. El 27 de marzo Tyson pasó su primera noche de cárcel en el reclusorio de Plainfield. Fue confinado solo en una celda debido a sus explosiones de cólera y “súbitos cambios de ánimo”. En 45 días le asignarán una cárcel permanente. Si tiene buena conducta podrían condonarle tres de los seis años que le enjaretaron. Pero no sabemos cómo se vaya a comportar. Nunca sabremos cómo reaccionará Mike. Por lo pronto tiene 25 años y no ha dejado de pensar en el boxeo (ni en las mujeres). En la sombra tendrá tiempo para ansiar como lo hacía en los reformatorios. Boxeo y mujeres, mujeres y boxeo, ¿qué más puede caber en la cabeza de Mike Tyson?

*Por el box que hemos compartido,  
este trabajito es para Rogelio Muñoz, mi padre*

## John Holmes: alabanza del fornicar

---

*Boogie Nights*, película basada en la vida y en la extraordinaria obra de John Holmes, obliga un acercamiento a esta leyenda masculina del video porno. No hemos visto el film, pero de antemano puede anticiparse que, por lo menos, es polémico, dado que indaga en una de las industrias más controvertidas de la economía norteamericana. Como señala Óscar Fernández en su nota de este número 163, *Boogie Nights* se suma a las cintas que escudriñan el mundo de la pornografía, como ya lo hizo *Larry Flynt: el nombre del escándalo*, obra que recorrió los azares de la concupiscente y todavía en circulación revista *Hustler*. Pero ¿quién fue el tal Holmes? ¿Cómo se ganó el pan y la sal? ¿Qué pitos tocó —o, más bien, le tocaron— en el terreno del video lúbrico? He aquí parte de la leyenda.

A mediados de los sesenta, luego de pertenecer al ejército, el joven John Curtis Holmes se desempeñaba como chofer de una ambulancia. Tenía apenas 19 años y ese trabajo le garantizaba la estabilidad que una economía media proporciona al norteamericano estándar. A esa edad conoció a Sharon Gebenini, enfermera del USC County General. El

---

Publiqué esta biografía brutal en *la tolvanera*, suplemento cultural de la revista *brecha*. Su contenido, muy aderezado por mí, se basa en la referencia hemerográfica que cito en el siguiente párrafo. Creo que su tono se parece a mi apunte sobre Tyson, y es un tipo de texto que me agradaba aunque no lo ensayé tan seguido como hubiera deseado. De hecho, durante un buen tiempo vislumbre la idea de escribir un libro entero con esas extrañas biografías, pero nunca, por perezoso y desordenado, le di seguimiento a tal proyecto.

Las referencias a Holmes han sido tomadas del reportaje «Esplendores y miserias de un porno-star», suplemento *Dominical* # 216, 10 de julio de 1994, pp. 24-28. El texto es traducción del original publicado en inglés por la revista *Rolling Stone* # 552, 17 de junio de 1989. El uso de cursivas indica transcripción textual de la versión en castellano.

amor los unió y, en 1965, se casaron. La relación anduvo bien durante los primeros tres años de matrimonio, pero una tarde la vida de esa pareja comenzó a cambiar por culpa de un pene tan mayúsculo como infatigable. Luego de trabajar, Sharon fue al súper y, más temprano que de costumbre, llegó al departamento que compartían en Glendale: pensaba preparar una hermosa cena para su querido John. Al entrar, Sharon dejó su bolso en el recibidor y avanzó hacia el baño. La puerta, semiabierta, dejaba ver a John ejecutando un gracioso análisis con una cinta métrica que nada tenía que hacer en el *water* de la familia Holmes:

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—¿Qué crees que hago?

—¿Te pasa algo malo?

—No, sólo tengo curiosidad —dijo Holmes.

Sharon no le dio importancia a esa ocurrencia casi adolescente de su compañero. Poco después, y mientras ella leía una revista, él apareció con las buenas nuevas resultantes de la escrupulosa medición:

—Es increíble —dijo John.

—¿Qué cosa?

—Va de 12 centímetros hasta 25. ¡25 centímetros de largo! ¡10 centímetros de circunferencia!

—Qué bien —dijo Sharon, volviendo a la hoja de su revista—. ¿Quieres que llame a la prensa?

Unas semanas después, Holmes comenzó a desarrollar sus facultades en el ámbito de la pornografía. Gracias a la invitación de un fotógrafo, el Priapo californiano modelaba para revistas lúbricas y zarandeaba su colosal natura en clubes de procaz baile. El chofer Holmes no pudo ceder a la tentación de comunicar a su esposa la noticia de la vocación recién descubierta:

—Tengo que decirte que he estado haciendo otra cosa y creo que quiero convertirla en la carrera de mi vida.

John no sólo hizo carrera, sino que se convirtió en un símbolo, en una máquina de hacer dólares gracias a su talento innato para fornicar frente a las cámaras. Dueño de un animal que erguido superaba los treinta centímetros de envergadura, el «actor» vivía feliz entre la escoria de la industria pornográfica. Drogas, dinero, alcohol, mujeres, qué más podía pedir el larguirucho Holmes. Mientras su esposa llevaba las riendas del hogar, John se entregó de lleno a su notable actividad y nunca daba dinero para la manutención de la familia. Flaco, alto, pálido como un jaibol, de ralo bigotito y pelo crespírrubio, Holmes apuntaba ya su titánico falo rumbo al estrellato.

Su adicción a las drogas más onerosas lo obligó a copular horas extras. Ese exceso de coitos lo orilló a la inepetencia frente a Sharon. Hasta 1973 llevaba una curiosa vida doméstica; su esposa, aunque conocía el oficio de tinieblas al que se dedicaba el cada vez más frío y distante John, decidió no dejarlo:

*—La verdad —decía ella—, es que yo amaba a ese necio. Lo que pasaba es que no me gustaba lo que hacía.*

En 1976, John conoció a Jeana Seller, una chica casi adolescente que, junto a su padre recién divorciado y una hermana, se mudó desde Miami a los departamentos administrados por Sharon. Holmes vio aquella mariposa quinceañera y la cortejó hasta lograr su aceptación erótica y reproducir algo así como la versión californiana de *La bella y la bestia*.

Mientras tanto, el actor incrementaba brutalmente su consumo de *freebase* y a todos lados llevaba su petaquita Samsonite repleta de los aditamentos necesarios para narcotizarse. Cada vez viajaba más, era más famoso y se le venía encima un diluvio de ofertas: prostitución privada, películas a pasto, presentación en cocteles de premiers porno. Hasta la vieja Europa se desplazó el *superstar* y todo anunciaba, para él, una trayectoria pletórica de logros en la incipiente industria de los videos tres equis.

Por esas fechas J.C. Holmes entabló amistad con Adel Nasrallah, mejor conocido en los bajos fondos como Eddie Nash, un emigrante palestino ya naturalizado norteamericano, quien hacia 1960 abrió en el bulevar Hollywood un puesto de hot-dogs y al mediar los setenta ya tenía una fortuna de treinta millones de dólares. Los hot-dogs, claro, no hicieron el milagro: Nash saltó de la comida rápida al mundo del comercio erótico: clubes de todo tipo —para desnudistas, homosexuales, exclusivos para negros, etcétera— lo convirtieron en un hombre próspero y respetable. En ese ambiente encajó perfectamente *Pito de burro* Holmes (así lo motejaban sus amigos más sinceros y realistas), quien logró, a la sombra de Nash, amasar un patrimonio pequeño pero significativo para un hombre que inició su vida laboral como chofercito de ambulancia.

Nash era un pornólatra empedernido. Gran parte de sus inversiones estaban ubicadas en el negocio de las películas, y Holmes pronto fue considerado por Eddie como un cuarto bat del sexo, como un jonronero del ayuntamiento genital. El acaudalado palestino no escondía su afecto —que acaso era admiración, que acaso era envidia— por el buenazo de Johnnie y fueron varias las ocasiones en las que se vanaglorió de esa amistad:

—*Me gustaría que conocieran al señor John Holmes —solía decir.*

El ex chofer fue abrumado por el ambiente de privilegios sibaríticos. Su consumo de drogas llegó a límites maravillosos. En esa atroz dinámica, el afamado pene resintió la sobrecarga de trabajo y cocaína. Sobrevino entonces una mala racha que lo obligó a robar maletas en la pasarela sin fin del aeropuerto y a prostituir a Jeana, fiel amante de un Holmes transformado ya en impenitente resumidero del polvillo blanco.

Las vicisitudes de su historia y su narcodependencia obligaron a Holmes a frecuentar otras compañías. Se unió a unos pillos autodenominados la banda Wonderland. Luego de cometer un error al

estropear una entrega de mercancía, sus amigos lo persuadieron —con algunas convincentes bofetadas— para que resarciera lo ocurrido. A Holmes lo iluminó un plan desesperado: robar, pues lo conocía bien, el caserón de Eddie Nash.

Para lograrlo, pormenorizó a sus colegas los sitios importantes de la mansión: dónde está la cocaína, dónde las armas, dónde el dinero. Los Wonderland, entusiasmados por la idea del arrepentido Holmes, asaltaron a Nash. Ni el guardaespaldas Gregory De Witt Diles —un monstruo de 150 kilos— pudo impedir el atraco al palestino. Holmes, cuando la banda Wonderland regresó a su madriguera, apenas si recibió migajas de botín.

Por la perfección del robo, Eddie Nash sospechó que John estaba involucrado en esa fechoría de lesa amistad. El guarura Diles localizó a Holmes y lo puso frente a Nash. Propiedad del palestino, una sortija en el dedo de Holmes era la prueba de su participación en el latrocinio. Nash, desilusionado de su amigo *Pito de burro*, le reclamó esa deslealtad. Diles, menos elegante, dejó caer su macizo puño sobre el rostro de Holmes. Eddie, ya irritado, lo amenazó con liquidarlo y de paso despachar a toda su familia; Holmes no tuvo más remedio que soltar la sopa: era su pellejo o el de sus secuaces. Fueron los Wonderland, lo obligaron, eran unos hijos de perra, pero él sabía cómo desquitar a Nash, quien no demoraría en vengar la afrenta: junto con Diles y Holmes, fue al refugio de los Wonderland. Se dice que con un tubo de hierro ajusticiaron a todos los ladrones —eran cuatro— y poco faltó para que allí también quedara tieso el ex chofer de ambulancia.

La policía —que comparó aquella masacre con la perpetrada por la extraña familia de Charles Manson— dio con Holmes, quien milagrosamente lograría la absolución en un caso que infló, aún más, su reputación de *porno-star* dueño de esa tripa enorme que le pendía bajo el ombligo. Vinieron nuevas cintas, otras amantes, más cocaína, más contratos en los que, a veces, el órgano de Holmes sólo tenía una

sola participación histriónica, aunque siempre estelar y con abundantes y torrenciales *close ups*.

En 1985, luego de un examen de laboratorio casi rutinario, Holmes descubrió el SIDA en su cuerpo. Pasaron tres años más. Un tenue arrepentimiento revoloteó en las reflexiones del superestrella, quien asumió su caso como un ejemplo de lo que le puede pasar a quienes depositan su vida en andanzas tan excéntricas. Tal parece que al final dejó las drogas, pero el 13 de marzo de 1988, luego de una agonía sin lágrimas ni gimoteos, murió.

Tras la partida de John Curtis Holmes quedó una carrera sin parangón en los anales de la vulgaridad humana: veinte años en la industria, 2,274 filmes de alto voltaje, relaciones sexuales con la friolera de 14 mil mujeres —entre ellas, dos generaciones de primerísimas actrices como Seka, Marylin Chambers, Traci Lords, Ginger Lynn y hasta la famosa Cicciolina italiana—, además de una esposa y un buen número de amantes. Durante su época de oro, Holmes se embolsaba tres mil dólares diarios con sus honorarios de actor y de garañón asalariado por hombres y mujeres (él siempre fue un demócrata de los orificios).

Que se sepa, nadie más puede presumir ese récord y existen serias dudas de que algún intrépido logre batir las marcas establecidas, casi olímpicamente, por el ex chofer de una ambulancia en el usc County General.